

Fecha: 29/03/1991

Título: El juego de la piñata

Contenido:

"¿Cómo va Nicaragua, Presidenta?" "Muy bien, mi amor, va muy bien. No te preocupes." Violeta Barrios de Chamorro sigue hablando, ahora que es jefe de Estado y de gobierno de su país, con la misma cariñosa informalidad de aquella mañana en que la conocí, hace diez años, en su casa de Managua cuya fachada hervía de insultos y lemas pintarrajeados por las turbas sandinistas.

Sobrellevaba entonces la tremenda tensión de dirigir *La Prensa*, acosada por la censura y de encarnar la oposición democrática al todavía enormemente popular -en el país y en el extranjero- gobierno sandinista con la misma serenidad, sencillez y elegancia con que, ahora, preside los destinos de una Nicaragua en el difícil trance de consolidar su flamante democracia, pacificarse del todo y salir del embrollo económico en que la revolución la dejó. Sigue siendo esa buena ama de casa a la que el asesinato de su marido, el periodista Pedro Joaquín Chamorro, por Somoza, el 10 de enero de 1978, catapultó inesperadamente a la vida pública y ha hecho protagonizar los papeles cívicos más importantes en los convulsivos y truculentos trece años siguientes de su país.

Las caprichosas simetrías que urde la historia: ¿no es increíble la semejanza de los destinos de Cory Aquino y Violeta Chamorro? Pero acaso a ésta le hayan tocado pruebas más difíciles que a la filipina, como padecer la división milimétrica de su familia en bandos políticos opuestos (dos hijos y un cuñado sandinistas y otros dos hijos y otro cuñado de la UNO) y arreglárselas para mantenerla unida a pesar de todo y sentarla incluso de vez en cuando a toda ella en la mesa hogareña, aun en lo más crudo de la lucha política, cuando los fusiles tronaban y los nicaragüenses se entremataban en el monte.

Hay en Violeta Chamorro algo desarmante, una suerte de inocencia que parece haber resistido incólume a todos los avatares torvos de la política. No aparenta saber lo que no sabe. Dice lo que cree y siente -aunque meta la pata- y rezuma limpieza y honradez. De ella uno puede asegurar, sin temor a equivocarse, esta rareza latinoamericana: "Pasaré por el poder sin robar un centavo".

¿Basta todo ello para gobernar bien un país chúcaro y caótico como la Nicaragua de hoy?

Los progresos son inequívocos desde la última vez que estuve aquí, hace seis años. En sus primeros doce meses el gobierno de Violeta Chamorro ha restablecido las libertades públicas. Partidos políticos y sindicatos funcionan sin cortapisas. Es refrescante la diversidad de opiniones en la prensa, la radio y la televisión (que ha dejado de ser un monopolio del Estado), donde me tocó ver a varios ministros interpelados —sin misericordia— por el periodismo y el público. La paz se mantiene, pese a múltiples incidentes, y la reasimilación de los ex contras, aunque más lenta de lo previsto, continúa. La reducción del Ejército ha sido considerable: de ochenta y siete mil hombres a la tercera parte (veintiséis mil). Y, luego de mucho vacilar, el gobierno acaba de poner en marcha un drástico plan de estabilización acompañado de nuevas medidas para liberalizar y privatizar la economía (el cuarenta por ciento de la cual es aún estatal), que, al menos en teoría, cuenta con el respaldo de los empresarios y el "apoyo crítico" del Frente Sandinista.

Es un balance positivo, dadas las circunstancias tan difíciles de la realidad nicaragüense. Y, sin embargo, nadie parece estar muy contento con lo que ocurre, ni quienes defienden al gobierno ni sus opositores. Todos dan excusas y hacen salvedades y se muestran incómodos cuando se les pregunta qué opinan sobre la situación del país. Hay un consenso evidente en que la paz debe ser preservada a cualquier coste y en que la democracia nacida con las elecciones del 25 de febrero —las primeras inequívocamente limpias y aceptadas por todos en la historia nicaragüense— ha sido algo muy positivo y que no debe haber retroceso en este campo. Pero en lo demás, los sentimientos y las opiniones dejan de ser tan rotundos y nítidos.

¿A qué se debe ese generalizado malestar? A que, en su primer año de vida, la democracia ha revelado a los sufridos hombres y mujeres de esta tierra de grandes poetas, que ella no sólo significa libertad, elecciones, pluralismo, sino, también, cosas más turbias: pactos, reacciones, intrigas, desorden, pillerías. Este aprendizaje concentrado y veloz de las grandezas y miserias de la libertad ha dejado a muchos nicaragüenses aturdidos.

En las elecciones del año pasado, la Unión Nacional Opositora (alianza de catorce partidos) obtuvo el cincuenta y cuatro por ciento de los votos y el Frente Sandinista, el cuarenta por ciento. Los principales asesores de Violeta Chamorro, su yerno, Antonio Lacayo (actual ministro de la Presidencia) y el cuñado de éste, Alfredo César (hoy presidente de la Asamblea Nacional), negociaron con el Frente Sandinista un "protocolo" para la transición pacífica del régimen revolucionario al democrático.

He oído las justificaciones que dan Lacayo, César y el comandante Humberto Ortega —jefe del Ejército Popular Sandinista, que ha conservado su cargo en el actual gobierno— de este "protocolo" y ellas no pueden ser desechadas. Es verdad que la reconciliación entre nicaragüenses es indispensable para que sobreviva y se consolide la democracia, así como lo es que todo acuerdo de esta índole exige concesiones recíprocas. El gobierno de Violeta no podía hacer tabla rasa de todas las reformas, ni corregir todos los abusos, ni despedir a todos los funcionarios del régimen sandinista sin desatar una violenta confrontación con quienes alcanzaron el cuarenta por ciento del voto popular, lo que hubiera podido desestabilizar su gobierno. Para romper el círculo vicioso tradicional e inaugurar una nueva era de coexistencia pacífica y de legalidad democrática era, pues, inevitable, y hasta imprescindible, que Violeta concediera algo al sandinismo.

¿Han sido estas concesiones excesivas? ¿Significan ellas, en la práctica, que el nuevo gobierno ha quedado poco menos que prisionero de un ejército, una policía y un poder judicial sandinistas al que aquel "protocolo" dejó intactos? Esto es lo que afirman aquellos sectores de la UNO, que, liderados por el vicepresidente Virgilio Godoy, dan a entender que se ha producido una verdadera recomposición política en Nicaragua a partir de los acuerdos entre Lacayo, César y Humberto Ortega. En la que, de hecho, los "pragmáticos" del sandinismo y los sectores de la UNO más próximos al yerno de Violeta y a su cuñado se las han arreglado para cogobernar, desplazando a quienes, en ambos sectores, eran —por exceso de coherencia o de ortodoxia— alérgicos a semejante contubernio.

Estas críticas tampoco pueden ser desoídas. El pacto Lacayo—César—Ortega, además de mantener la policía y el ejército en manos del Frente Sandinista, permitió a éste, entre el 25 de febrero y el 28 de abril —día de la toma de posesión del nuevo gobierno— transferir, donar y vender ficticiamente cientos de propiedades urbanas y rurales y de empresas públicas a sus partidarios y válidos, en una suerte de aquelarre jurídico-financiero que los nicaragüenses han bautizado "la piñata". A tal extremo que, me aseguran, el comandante Bayardo Arce se jactó

públicamente de que, ahora, el Frente Sandinista es el primer conglomerado económico del país. El saqueo alcanzó dimensiones épicas: Violeta Chamorro sigue viviendo en su casa pues en la Presidencia no quedó ni una toalla ni una máquina de escribir.

Una de las consecuencias más escabrosas de “la piñata” es que ha dificultado extraordinariamente la devolución de bienes y empresas ilegalmente confiscados. Los “nuevos” propietarios son técnicamente intocables. Los antiguos se sienten burlados. Algunos obtienen, a veces, una decisión gubernamental a su favor. Pero, ¿cómo materializarla? La policía sandinista no desaloja a los propios sandinistas de sus casas o de sus empresas, por más papeles que se le muestren. Y, en el campo, además, los cooperativistas sandinistas están armados y resisten a tiros cualquier intento de esta índole. Esto ha creado un clima de desconfianza y frustración entre los antiguos exiliados e impedido la repatriación de capitales, de la que Nicaragua está tan ávida.

A un año del proceso electoral que asombró al mundo, el poder real en Nicaragua ha quedado en manos de una curiosa trinidad que, probablemente, tendrá un rol cada vez más determinante en el futuro político del país. El ingeniero Antonio Lacayo es el más indefinible de los tres. De su paso por el seminario de los jesuitas, en El Salvador, ha conservado unas maneras suaves y aterciopeladas y la suya es una inteligencia fría y calculadora, nada exuberante. Casado con la bella Cristiana Chamorro —“la princesa”, la llaman— perdió y rescató su empresa de aceites durante el régimen sandinista gracias a su tenacidad y a esas habilidades negociadoras de que haría gala luego (algunos dicen que, incluso, antes) de las elecciones. Es trabajador, austero, ambicioso y hasta ser nombrado jefe de campaña por Violeta no había hecho política activa.

Su cuñado Alfredo César, en cambio, es un profesional de la política, de una vida aventurera y novelesca. Aristócrata granadino, fue, en su juventud, sandinista y estuvo preso bajo el gobierno de Somoza. Luego del triunfo de la revolución, ocupó la presidencia del banco Central de Nicaragua. Rompió luego con el sandinismo y se alió con Edén Pastora en la guerrilla del sur, para luego apartarse del comandante Cero y enrolarse con los contras (fue miembro del directorio de la resistencia, junto a Calero y Bermúdez). Se dice que él fue el artífice de la desmovilización y desarme de los contras, antes de incorporarse a la UNO, como el brazo izquierdo de Violeta (el derecho es Lacayo). Su talento negociador parece aún más rutilante que el de su cuñado, pues son los votos de los parlamentarios sandinistas los que han llevado a la presidencia de la Asamblea Nacional a este antiguo jefe de la contrarrevolución armada. Aunque confieso que el personaje no me gusta, reconozco que es brillante: acaso el más articulado y astuto de los políticos nicaragüenses que he conocido.

Y en cuanto al comandante Humberto Ortega, su biografía es resabida. Desde los tiempos heroicos de la lucha antisomocista fue famoso por parco, duro y tenaz. Lo apodaban entonces “Marraqueta” por su ceño enfurruñado y sus propios correligionarios le temían. Luego del triunfo, como jefe del Ejército Popular Sandinista fue decisivo en la hegemonía que alcanzó su hermano Daniel entre los comandantes sandinistas. ¿Cuál es su juego ahora? ¿Ser una cuña del Frente Sandinista en el gobierno de Violeta? Yo apostararía que, hoy, el comandante Humberto Ortega ya no es instrumento de nadie, sino de sí mismo.

¿Qué va a pasar en el futuro? Conversando con Tomás Borge, de quien, a pesar de las grandes desavenencias políticas, soy amigo, me atreví a hacerle una predicción: “Este gobierno no se va a caer. Va a sobrevivir, en medio de enormes dificultades y algunas violencias. Porque los nicaragüenses quieren vivir en paz y su imperfecta democracia, por lo menos, les garantiza eso.

El que dudo que sobreviva es el Frente Sandinista. Los maquiavelismos de Antonio Lacayo y Alfredo César ya lo han partido en pedazos y la lucha interna entre pillos y honestos que se ha desatado en su seno acabará por reducirlo a añicos”. El que, según amigos y enemigos, forma parte de los puros —los que se quedaron fuera de “la piñata” y el poder— se indigna. Y me asegura que el Frente sigue unido como un puño y que, tarde o temprano, volverá al gobierno.

¿Lo cree de veras? Sigue viviendo en la modesta casita donde lo visité, en 1986, y escribe poemas, una autobiografía —que vale la pena leer— y artículos que le ayudan a equiparar su presupuesto. Es el único que sobrevive de los fundadores históricos del sandinismo. Durante el régimen que ayudó a crear y por el que sufrió cárcel y torturas, los hermanos Ortega lo desplazaron sutilmente del primer lugar. Y, ahora, en esta nueva e insólita etapa de Nicaragua, ha vuelto a quedarse al margen, fuera de ese rocambo de astutos y cínicos que ha pasado a ser la vida pública de su tremendo país.

¿Cómo podría, alguien como él, aceptar que lo que no lograron las balas de los contras ni los votos de los electores, lo va a conseguir la corrupción?

Managua, marzo de 1991